

● Con su habitual y conmovedor lirismo, Edna O'Brien aborda los horrores de la guerra en una novela inspirada en la figura de Radovan Karadzic

La sugestión del Mal

LAS SILLITAS ROJAS

Edna O'Brien. Trad. Regina López. Errata Naturae. Madrid, 2016. 325 páginas. 19 euros

Manuel Gregorio González

En junio de 2008, Radovan Karadzic fue detenido en Belgrado, donde se hacía pasar por curandero en un suburbio de la capital. Tras doce años oculto, el antiguo presidente de la República de Srpska tenía el aspecto de un viejo santón eslavo (luenga barba y cabellera cana) y gozaba de ese oscuro prestigio de quien conoce el misterio de las piedras y el alma curativa de las plantas. En 1997, su lugarteniente, el conspicuo especialista en Shakespeare Nikola Koljevic, se había suicidado tras el fracaso de su utopía racista. Se da la circunstancia, en absoluto menor, de que Karadzic era poeta, además de psiquiatra; y de que el erudito Koljevic comandó el cerco a Sarajevo y la destrucción de su valiosa biblioteca. Sin una decidida poética del odio, es probable que los crímenes que ambos alentaron no se hubieran producido de tal modo. Con estos dos personajes, y muy principalmente con la figura de Karadzic, está construida *Las sillitas rojas* de Edna O'Brien.

El título de la novela hace referencia al homenaje que se rindió en Sarajevo a las víctimas del asedio. En abril de 2012 se colocó una silla por cada uno de los muertos en el cerco. En total, 11.541 sillas vacías, de un acusado color rojo. O'Brien no hace mención expresa a Karadzic, ni a su lejano compañero Koljevic. Sin embargo, dicha mención se hace innecesaria, considerando los indicios que aporta. También varía el lugar de su detención, trasladando desde un *slum* de Belgrado a la verde Erín el último acto de



La escritora irlandesa Edna O'Brien (Tuamgraney, 1932).

su huida. Será allí, en un pequeño pueblo irlandés, donde este hechicero alto, barbado, de fuerte magnetismo, conquiste a una lugareña antes de su detención. Y será tras su detención cuando comience la amarga aventura de la protagonista, estigmatizada por la semilla ardiente del asesino. ¿Qué pretendía, qué buscaba, cuál era la idea germinal de *Las sillitas*

rojas cuando Edna O'Brien comenzó a escribirla? Tras la lectura atenta de sus páginas (O'Brien es una excelente escritora, de un lirismo rauda, conmovedor y sintético), uno tiende a pensar que la autora concibió su obra basándose en una vieja idea de Cervantes, que se ha mostrado abrumadoramente cierta en el XX: nadie sabe nada del corazón de los

hombres. Sobre esta idea, devenida certeza, sigue aposentándose buena parte de la perplejidad moderna. ¿Cómo es posible que el Mal, cómo es posible que la crueldad, la insidia, el crimen vertiginoso, no muestren un indicio físico, un signo inadvertido, en quien lo comete?

Lógicamente, dicho tema lleva a las ideologías que suscitan el

crimen en gentes de apariencia normal, y cuyas vidas no guardaban relación alguna con la violencia. Sobre este asunto, capital en la historia del XX, y aún del XXI, parece girar la primera parte de la novela de O'Brien. También sobre esa poética de la pureza (la tierra, los pueblos, el alma de la Naturaleza), que con frecuencia ha servido como instigadora última de las masacres contemporáneas y que yace, con terrible certeza, tras la "limpieza étnica" acometida por Karadzic. Sin embargo, esa idea inicial se transforma, avanzada la obra, en una suerte de redención, que la protagonista halla entre los emigrados de Londres. Como cabe suponer, muchos de ellos vienen huyendo de la violencia en sus países, y han encontrado en la metrópoli un avaro recibimiento, no exento de desprecio. Como cabe suponer, igualmente, alguno de ellos ha sido víctima de aquel santón misterioso que aposentó su magia naturalista en un confín de Irlanda. Toda esta parte final de la novela conduce a una vaga concordia entre los emigrantes, cuyo nudo último es la ausencia de un hogar y la herida omnipresente de la guerra. En el camino, sin embargo, se ha perdido aquella sugestión del mal, nuestra incapacidad para verlo o comprenderlo, con que se abrió la novela.

Esta duplicidad, donde el enigma inicial se desliza en un candoroso multiculturalismo, funciona contra el interés de la obra. Mientras existan poetas que canten a una pureza épica y sangrienta, como Karadzic, sus víctimas caminarán sobre el mundo, llevando consigo el dolor, el miedo y la congoja. Lo segundo es consecuencia ineludible de lo primero. Y es lo primero lo que O'Brien, con su extraordinaria penetración, no ha querido o no ha sabido explicarnos. Por qué su trémula protagonista sucumbió al santón; por qué la pureza, su absoluto deslumbramiento, la ensoñación arcádica, nos dirige invariablemente a la abominación y la sangre.



ESTILO

Thomas de Quincey. Trad. Andrés Barba. Páginas de Espuma. Madrid, 2016. 176 páginas. 19 euros

Ignacio F. Garmendia

Debe buena parte de su celebridad a las famosas *Confesiones* donde el "inglés comedor de opio" relataba las delicias y los dolores asociados a su adicción a la adormidera, pero Thomas de Quincey, autor de memorables ensayos como *La rebelión de los tártaros* o *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, escribió miles de páginas que publicaba en diarios o re-

Arte de la digresión

vistas y sólo al final de su azarosa vida comenzó a reunir en volúmenes. Si hace unos años conocimos los *Bosquejos de infancia y adolescencia* (Sexto Piso) que integran, junto al primer título mencionado, *Suspiria de profundis* y *Memoria de los poetas de los Lagos*, la espléndida serie de sus libros autobiográficos, podemos leer ahora, de nuevo gracias a la traducción de Andrés Barba, dos nuevas muestras del talento de De Quincey para la divagación ensayística, cultivada con esa mezcla de ingenio, erudición y buen humor que convierte cualquiera de sus textos en una amenísima invitación a los placeres del pensamiento y la buena escritura.

Publicados en la década de los cuarenta del siglo antepasado, tanto el breve *Conversación* como los cuatro artículos reunidos con el título de *Estilo*, ejemplifican el proverbial encanto de una prosa "absolutamente imprevisible" que el inspirado De Quincey desarrolla con admirable desenvoltura, encadenando las digresiones —rey del excurso, lo llama Barba— de un modo fluido que rehúye el enfoque sistemático en favor de la libre asociación de tiempos o de conceptos. El primero reivindica,

frente al "estudio privado y solitario" o los enojosos soliloquios de los acaparadores o los *raconteurs* —"no hay nada más insufrible que un cuentacuentos, una molestia tan espeluznante que habría que acabar con ellos a garrotazos"— las cualidades de la conversación coloquial como "una de las más floridas y alegres artes del intelecto". El segundo, donde trata de muchos temas y de ninguno, prueba en su mismo despliegue que el estilo "limpio de verborragia", objeto no siempre apreciable de su desparramada inquisición, es lo que distingue a los escritores verdaderamente grandes.

